

BOLETIN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AÑO I. TOMO I.—DICIEMBRE DE 1914.—CUADERNO V

EL DUQUE DE RIVAS

Y

EL CONDE DE CASA VALENCIA

La Academia Española tiene que lamentar hoy la pérdida de estos dos ilustres y antiguos individuos de su seno, fallecidos con pocos días de intervalo, el primero en esta corte el 7 de noviembre y el segundo en San Sebastián el 12 del propio mes.

La Academia consagró la sesión del jueves siguiente a la muerte del Duque a honrar su buena memoria, y el Director, don Antonio Maura, pronunció una sincera y elocuente (como suya) oración necrológica del Duque, de que pueden dar idea los siguientes párrafos, resumen y compendio de ella:

“Sentimiento común a los señores Académicos, no sólo mío, es el que expreso al lamentar la pérdida de nuestro compañero don Enrique de Saavedra, duque de Rivas.

”Era nuestro decano con tres lustros de ventaja sobre el que le sigue en orden de antigüedad, y habría pronto llegado al *quincuagésimosegundo* aniversario de su entrada en la Academia, acogido por su grande amigo el Marqués de Molins. Dudo que otro alguno haya hecho tan larga mansión en esta Corporación desde que fué instituída.

”Recayendo el raro privilegio en quien trajo vinculada ya en su sangre y su apellido la ilustre nombradía de su padre don Angel, figura culminante de la pa-

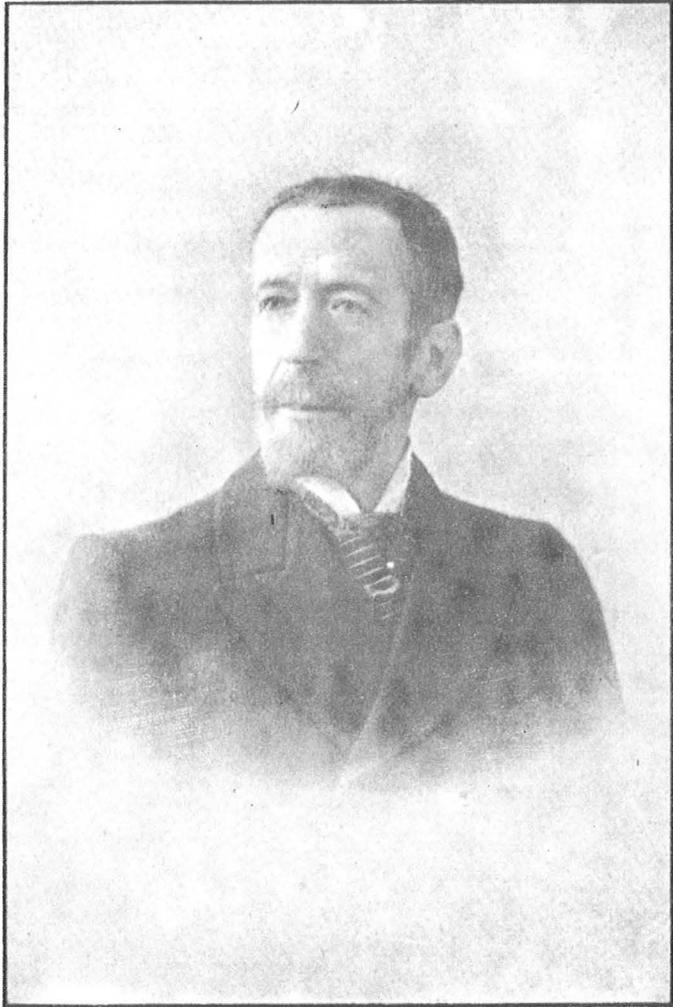
sada centuria, parece significar cuán hondo y robusto arraigo tiene ese apellido esclarecido en la moderna historia de nuestra literatura.

"Las abrumadoras obligaciones a él anejas habrían anonadado al sucesor, si no hubiese él poseído dones y aptitudes muy señalados o careciese de una decidida vocación literaria; porque una tal alcurnia, en vez de allanarle el camino o realzar su persona, era ocasionada a oscurecer y desmedrar su individual reputación; porque en la intimidad de su propio ánimo y entre los contemporáneos árbitros de su fama, suscitaba delante de cada paso, en el curso de su vida, un recuerdo ingente y una comparación desalentadora. Haber logrado llevar con honor aquel nombre que abrumaba, como alta investidura, es proeza que bastaría para alabanza y enaltecimiento de su persona.

"Su nativa vocación literaria y sus felices disposiciones para seguirla están acreditadas en obras que no denotan una emprendedora ambición de gloria, sino la expansión de un interior movimiento de su espíritu selecto y cultivado. Sus obras en prosa y verso, breves las más, brotaron durante todo el discurso de su vida, desde la edad de veintidós años, cuando se titulaba Marqués de Auñón, primogénito llamado a suceder en la Grandeza y en el Ducado de Rivas. Son como el perfume de un alma soñadora, modesta, recatada, muchas veces melancólica, que se exterioriza más por esparcimiento propio que por granjear el aplauso exterior. Entre todas, descuella la leyenda *La hija de Alimenón*.

"En 1876 coleccionó y publicó, bajo el significativo título de *Sentir y soñar*, sus producciones del cuarto de siglo precedente; más tarde, en 1897 y 98, reunió en otros tres tomos sus restantes obras, bajo el nombre *Cuadros de la fantasía y de la vida real*, y en todas ellas acreditó las prendas esenciales de sensibilidad y buen gusto literario.

"La sensibilidad, exquisito don que habilita a quienes la poseen para descifrar y entender, en el humano



DUQUE DE RIVAS

comercio, la enseñanza honda e inagotable que irradian las inflexiones del espíritu, faltas de significado para el vulgo; y en plena soledad, la *íntima y silenciosa locuacidad* de la madre Naturaleza, en sus espectáculos infinitamente variados, con que conmueve, y exalta, y cautiva a las almas escogidas.

"El acendrado gusto, en el cual se compendian, además de aptitudes nativas, por las cuales existe una aristocracia entre las almas no siempre acorde con los rasgos sociales, muchos aliños del espíritu granjeados con el cultivo tenaz de aquellas prendas, hasta apropiarse las esencias más tenues y delicadas, que se recogen y refinan acopiando día tras día una gran cultura.

"Incompetente yo para la crítica, incompetencia todavía mayor tratándose de juzgar obras poéticas, me acojo a los favorables veredictos de Valera y Cañete; y quien a maestros tan abonados les sospechare de benévolos advierta que no le faltó a la producción literaria de nuestro compañero el fiel contraste de la especie viperina de la censura pública, alimaña que suele rondar por los empinados senderos de la gloria y que en alguna de las obras del Duque imprimió la huella de su garra crispada.

"Impidió una constante labor académica la sordeza que el Duque padeció muchos años. A ella y a los achaques de su avanzada edad se debió su casi continua ausencia. Pero en 1902 leyó aquí su *Discurso necrológico del Marqués de Molins*. De más reciente fecha data mi ingreso, y recuerdo haberle todavía algunas veces visto en su sillón; contemplo su semblante noble, descolorido, castizamente anacrónico, como *su pervivencia evocadora de lo pretérito*, impasible testimonio de la *continuidad* que forma la trama de nuestro ser corporativo.

"Así se alejó de nuestro lado con graduada lentitud. Por muchos años hemos sentido su compañía sin verle físicamente entre nosotros, y ahora que su noble alma ha mejorado de mansión, el recuerdo apacible y

grato que de él nos queda apenas es sino otra manera de permanecer en nuestra compañía. No nos deja al modo de persona que se ausenta, sino como figura que, inmóvil, se esfuma y desvanece, cuidando de dejar intacta esta especie de ceniza espiritual que llamamos recuerdo. Será él perdurable y grato en esta casa.”

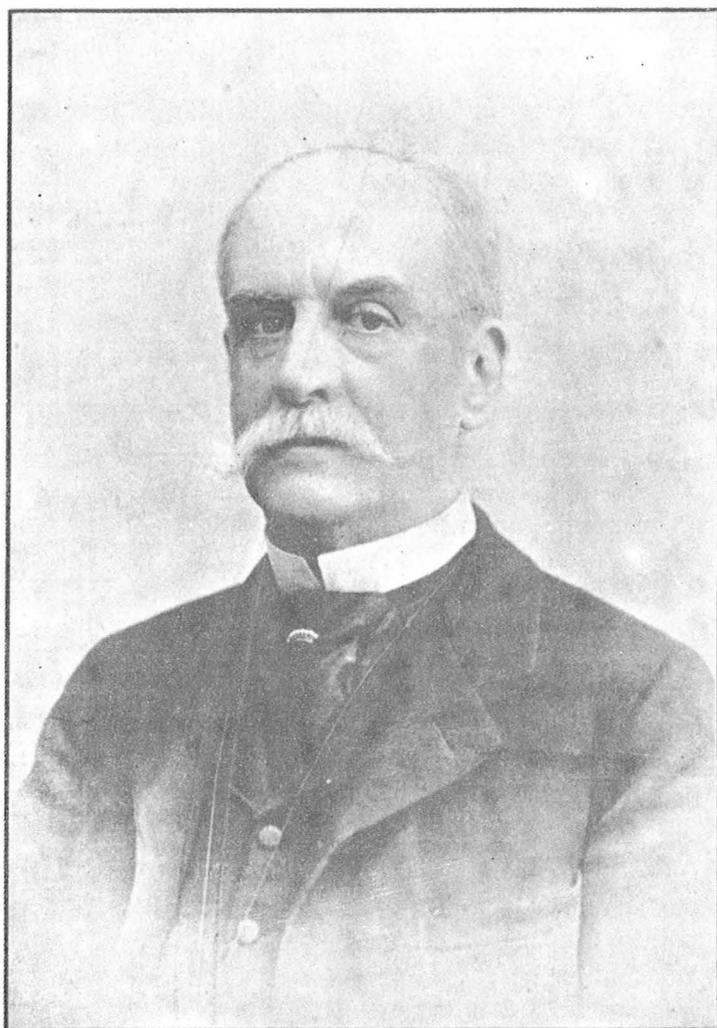
La junta ordinaria del jueves 19 de noviembre se destinó al noble y asiduo académico señor Conde de Casa Valencia.

No pudiendo, por causa inopinada, concurrir a esta junta el Director, ocupó el sillón presidencial el excelentísimo señor don José Echegaray, y, sin preparación alguna, guiándose sólo de su memoria, siempre dócil y feliz, improvisó un elegante elogio fúnebre del Conde, que durante largo rato mantuvo la atención de los académicos, pendientes de la voz de su ilustre compañero.

Después de recordar cuánto la muerte se había ensañado con esta Academia en los dos últimos años, dijo que en el actual, casi a la vez, nos había privado de dos de los más antiguos individuos, como eran el señor Duque de Rivas y el Conde de Casa Valencia, decano aquél por la fecha de su ingreso, poseedor el Conde de otro decanato porque a todos nos aventajaba por el número de sus asistencias.

Añadió que el elogio de este último estaba hecho con sólo recordar su nombre, pues siendo concurrente asiduo a esta casa, todos pudimos tratarle largo tiempo y apreciar en él sus relevantes cualidades morales, la bondad de su alma, su exquisita cortesía y lo dulce y afable de su carácter.

Recorrió el señor Echegaray rápidamente la vida pública y literaria del señor Conde, haciendo notar que, si bien sus principales escritos no eran esencialmente literarios, sino históricos y políticos, que le condujeron a los altos puestos de nuestro Embajador en la Corte de Inglaterra, Ministro de Estado, Senador del Reino y otros, y a ocupar un sillón en la Academia



CONDE DE CASA VALENCIA

de Ciencias Morales y Políticas, había, sin embargo, leído aquí algunos elogios y necrologías de ilustres compañeros, amigos suyos; trabajos estos últimos apreciables cada vez más por estar saturados de impresiones y recuerdos personales. Las breves notas casi diarias que apuntó durante largos períodos de su vida, y que corren impresas en cuatro volúmenes, muestran la afición con que siempre atendió a las producciones y novedades literarias de su tiempo, sin que bastasen para distraerle de ellas las agitaciones políticas en que anduvo envuelto, ni las seducciones de la selecta y encumbrada sociedad que frecuentó desde su edad primera.

Para nosotros era todavía más interesante—agregó el señor Echegaray—la vida académica de nuestro compañero; porque fué uno de los más fieles asistentes a nuestras juntas y actos solemnes, de tal modo, que puede decirse no faltaba nunca a ellos. Así es que, cuando la mucha edad y achaques del difunto director señor Conde de Cheste, le impedirían venir a la Academia, por su antigüedad le correspondía casi siempre presidir al Conde de Casa Valencia, función que él desempeñaba con singular complacencia. Y esto no era un acto de simple vanidad, sino que en el Conde representaba el concepto altísimo en que tenía a este Cuerpo, pues aspiraba, aunque sólo fuese en las juntas privadas, y con el carácter de accidental, a dirigir sus discusiones, que seguía en todo caso con ahinco.

Solía tomar notas minuciosas de cuanto en ellas se trataba, que, a veces, daba a conocer en sueltos y noticias que se publicaban en algún periódico de esta corte.

Termino el señor Echegaray manifestando que la muerte del Conde, como las de los otros compañeros, deja siempre un verdadero vacío, no sólo en el sillón de esta Academia, sino en el alma de los que fueron sus amigos, vacío que dura y persiste imborrable en el fondo de nuestros recuerdos.